# REFLEXIONES DE UN JOVEN AL ELEGIR UNA PROFESIÓN

## Karl Marx

Esta es traducción castellana del profesor David Gutiérrez-Giraldo sobre la versión inglesa *Reflections of a Young Man on The Choice of a Profession* publicada en Karl Marx Frederick Engels, I *Collected Works*. Marx: 1835-1843. Este ensayo, de entre el 10 y el 16 de agosto de 1835, es uno de los siete exámenes escritos de fin de estudios que se conservan de los presentados por Marx en el Gimnasio Federico Guillermo III, de Trier. Fue publicado por primera vez en el anuario *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung,* editado por K. Grünberg en Leipzig en 1925.

La naturaleza misma ha determinado la esfera de actividad en que debe moverse el animal, y éste se mueve apaciblemente dentro de esa esfera, sin intentar sobrepasarla ni siquiera presentir la existencia de cualquiera otra. También al hombre la deidad le dio una finalidad general: ennoblecerse a sí mismo y ennoblecer la humanidad, pero dejó en sus manos la búsqueda de los medios que pueden servirle para alcanzarla; dejó en sus manos elegir la posición que mejor le convenga en la sociedad y desde la cual pueda engrandecerse mejor a sí mismo y engrandecer su sociedad.

Esta elección es gran privilegio que tiene el hombre respecto del resto de la creación, pero al mismo tiempo es un acto que puede destruir su vida entera, frustrar todos sus planes y hacerlo infeliz. Por ello, el primer deber de un joven que está comenzando su carrera y no quiere dejar al azar sus asuntos más importantes es meditar seriamente esta elección.

Cada quien tiene en su mira un objetivo que, por lo menos a él o a ella, le parece grande; y que es, en efecto, grande, si así lo declara su más profunda convicción y la voz más íntima del corazón, puesto que la deidad nunca deja sin guía al hombre mortal y le habla suave pero seguramente.

Pero esta voz puede confundirse fácilmente, y lo que creímos que era inspiración puede haber sido producto del momento, y quizás esa inspiración acabe siendo descartada por otro momento. Quizás nuestra imaginación esté encendida, nuestras emociones excitadas, veamos revolotear fantasmas ante nuestros ojos, y nos lancemos de cabeza adonde sugiere el instinto impetuoso; finalidad que, imaginamos, nos ha sido señalada por la deidad. Pero aquello que abrazamos con ardor pronto nos repele y vemos arruinada toda nuestra existencia.

Por eso debemos considerar con seriedad si hemos tenido verdadera inspiración en nuestra elección de una profesión; si una voz interior aprueba esa elección; o si esa inspiración es falsa y lo que pensamos que era una llamada de la deidad no fue más que un auto-engaño. Pero, ¿cómo podemos reconocer esto si no rastreando la fuente misma de la inspiración?

Las cosas grandes relucen y su destello aviva la ambición. Bien puede haber sido la ambición lo que produjo la inspiración o aquello que tuvimos por tal; pero la razón no puede contener al que está tentado por el demonio de la ambición, y ese se lanza de cabeza adonde le indica su instinto impetuoso: ese ya no elige su posición en la vida, sino que se la determinan el azar y la ilusión.

Tampoco estamos invitados a adoptar la posición que nos ofrece las oportunidades más brillantes; no es esa la posición que, durante los largos años que la detentemos, nunca va a cansarnos, a apagar nuestro fervor ni a enfriar nuestro entusiasmo, sino una posición donde pronto veremos frustrados nuestros deseos e insatisfechas nuestras ideas, y arremeteremos contra la deidad y maldeciremos la humanidad.

No sólo la ambición puede despertar un súbito entusiasmo por una profesión particular. Puede que hayamos embellecido en nuestra imaginación esa profesión, y tanto como para que nos parezca lo mejor que la vida puede ofrecer. No la hemos analizado, no hemos considerado todo lo que ella implica, la gran responsabilidad que nos impone; sólo la hemos apreciado a distancia, y la distancia es engañosa.

En este punto nuestra propia razón no puede dar consejo puesto que no se apoya en la experiencia ni en una observación profunda,

sino que está engañada por la emoción y cegada por la fantasía. ¿A quién debemos acudir? ¿Quién nos auxiliará cuando la razón nos abandone?

Nuestro corazón nos dice: nuestros padres, que ya han recorrido el camino de la vida y experimentado las severidades del destino.

Si, después de todo, persiste nuestro entusiasmo; si todavía seguimos queriendo una profesión y nos sentimos llamados por ella después de haberla examinado con cabeza fría y haber percibido sus cargas y conocido sus dificultades, entonces debemos optar por ella, en ello nos estará engañará nuestro entusiasmo ni estarán arrastrarándonos nuestras prisas.

Pero no siempre podemos alcanzar la posición a que nos creemos llamados; en gran medida, nuestras relaciones en sociedad comenzaron a establecerse antes de que estuviésemos en capacidad de determinarlas.

A menudo nuestra constitución física es en sí misma un obstáculo amenazador, y no deja que nadie burle sus derechos.

Es verdad que podemos ponernos por encima de ella; pero entonces nuestra caída será más rápida, pues nos estaríamos aventurando a construir sobre ruinas, y nuestra vida será una lucha infeliz entre el principio mental y el corporal. Pero, ¿cómo va a poder resistir el estrés tempestuoso de la vida, cómo va a poder actuar sosegadamente quien es incapaz de reconciliar los elementos que pugnan dentro de sí? Sólo de la calma pueden surgir las acciones grandes y buenas; ese es el único suelo donde madura bien el fruto.

Aunque no podemos trabajar durante mucho tiempo y pocas veces felizmente teniendo una constitución física que no se adecúa a nuestra profesión, tenemos siempre la idea de sacrificar nuestro bienestar al deber y actuar vigorosamente aunque seamos débiles. Pero si elegimos una profesión para la que carecemos de talento, nunca podremos ejercerla con valía y pronto nos percataremos, con vergüenza, de nuestra propia incapacidad, y nos diremos que somos criaturas inútiles, miembros de la sociedad que son incapaces de realizar su vocación. La consecuencia más natural es entonces el desprecio de sí mismo: ¿qué sentimiento hay más doloroso y menos capaz de ser compensado por todo lo que el

mundo exterior tiene para ofrecer? El desprecio de sí es una serpiente que a veces le muerde a uno el pecho, le chupa la sangre vital del corazón y la mezcla con el veneno de la misantropía y la desesperación.

El engaño acerca de nuestros talentos para una profesión que hayamos examinado minuciosamente es un error que cobra venganza en nosotros mismos y que, incluso si no tiene que afrontar la censura del mundo exterior, produce en nuestros corazones un dolor más terrible que el que podría causarnos tal censura.

Si hemos considerado todo esto, y si las condiciones de nuestra vida no permiten elegir cualquier profesión que nos guste, podemos adoptar la que nos asegure la mayor dignidad posible; una profesión basada en ideas de cuya verdad estemos totalmente convencidos, que nos ofrezca más posibilidades de trabajar por la humanidad y nos acerque más a la finalidad general para la que toda profesión no es más que un medio: la perfección.

La valía es lo que más eleva al hombre, lo que le imprime mayor nobleza a sus acciones y a todos sus empeños; lo que le hace invulnerable, excelente y admirado por la gente.

Pero esa valía sólo puede ser asegurada por una profesión en la que no seamos herramientas serviles sino que actuemos con independencia en nuestra propia esfera. Esto no más lo asegura una profesión que no demande actos reprensibles, aunque sólo sean reprensibles en su apariencia exterior; una profesión que los mejores puedan ejercer con noble orgullo. La profesión que mejor garantiza todo esto no es siempre la más elevada, pero siempre es la mejor opción.

Pero tanto nos degrada una profesión que no nos garantiza el mérito, más probable es que sucumbamos bajo las cargas de la que está basada en ideas que después reconocemos como falsas.

Entonces sólo nos quedará el auto-desprecio, ¡y qué desesperada es esa salvación que se consigue traicionándose a sí mismo!

Aquellas profesiones que no tienen mucho que ver con la vida misma sino más con verdades abstractas son las más peligrosas

para el joven cuyos principios no son firmes todavía y cuyas convicciones aún no son fuertes e inquebrantables. Al mismo tiempo, estas profesiones pueden parecer las más elevadas si han arraigado profundamente en nuestros corazones y si somos capaces de sacrificar nuestras vidas y nuestros empeños por las ideas que prevalecen en ellos.

Pueden dar felicidad a quienes tiene vocación por ellas, pero destruyen a quienes las adoptan precipitadamente, sin reflexión, dejándose llevar por el impulso del momento.

Por otra parte, la alta consideración que tengamos de las ideas en que se basa nuestra profesión nos posicionará más alto en la sociedad, reforzará nuestro propio mérito y hará incontestables nuestras acciones.

A quien elige una profesión que tiene en alta estima le estremece la idea de no ser merecedor de ella; actuará con nobleza aunque sólo sea porque su posición en la sociedad es noble.

Pero la guía más importante que debe dirigirnos en la elección de una profesión es el bienestar de la humanidad y nuestra propia perfección. No hay que pensar que estos dos intereses pueden estar en conflicto, que uno tenga que destruir el otro; por el contrario, la naturaleza del hombre está constituida de tal manera que puede alcanzar su propia perfección sólo trabajando por la perfección, por el bien, de sus congéneres.

Si no trabaja más que para sí mismo, puede que se convierta en un erudito famoso, en un gran sabio, en un poeta excelente; pero nunca podrá ser una persona perfecta, verdaderamente grande.

La historia considera más grandes a los hombres que se han ennoblecido trabajando por el bien común; la experiencia aclama como más feliz a quien ha hecho felices a más personas; la propia religión nos enseña que el ser ideal que todos se esfuerzan por imitar se sacrificó a sí mismo para salvar la humanidad, ¿y alguien se atrevería a hacer caso omiso de tales juicios?

Si hemos elegido una posición en la vida en que podamos trabajar más que todo por la humanidad, no habrá carga que nos doblegue, puesto que son sacrificios en beneficio de todos; entonces no

experimentaremos una alegría mezquina, limitada, eogísta, sino que nuestra felicidad pertenecerá a millones, nuestros propósitos perdurarán en acción silenciosamente y para siempre, y sobre nuestras cenizas caerán las cálidas lágrimas de las personas nobles.

Marx